

EN LA MINA

Por MARINO GOMEZ - SANTOS



Nuestro compañero Marino Gómez-Santos aparece en la fotografía ataviado con el traje minero, en compañía del ingeniero, del capataz y de un grupo de trabajadores, al salir del ascensor que les elevó a la superficie después de su recorrido por la mina

Una feria en la cuenca minera es de lo más grotesco que puede imaginarse. Solana, estoy seguro, no llegó a ver en Sama, por ejemplo, unos caballitos de tiiovivo pintados de rojo y azul sobre los que estaba lloviendo continuamente. Eso sólo, unos caballitos de tiiovivo techos con tabla vieja y despintados por la lluvia es todo un espectáculo lo suficiente tétrico, lo suficiente barojiano. Añadiremos que, al lado, hay una barraca del tiro al blanco. Por la mañana, cuando los mineros están en su trabajo, el dueño del tiro se afeita mirándose en un espejo roto, y los chicos pequeños, a medio vestir, andan de un lado para otro, y la mujer se lava los pies en una tinaja, mismamente al lado de la puerta trasera, bajo un pequeño cobertizo hecho con un toldo, moteado de gotas de agua.

Los tiiovivos, las chucherías con olores a churros fríos, atrasados, a aceites que no están calientes; los tiros al blanco íntimos, sin clientes todavía, cuando los dueños acaban de levantarse de las colchonetas; los pequeños circos formados por una sociedad de bohemios, forman ese grupo grotesco, fúnebre, de una pobrería melancólica que no vió Solana.

Todo esto en la cuenca minera, bajo el cielo plomizo, visto a la luz pesimista de grises y negros con contrastes de verdes aterciopelados y de manchas terrosas, oscuras, rayadas de lluvia pertinaz, con figuras humanas modestamente vestidas, bajo los paraguas negros, es muy literario, muy pictórico, muy deprimente.

En un día de labor, con la feria armada en una plaza grande, sucia de carbón, con fondo de casas oscuras, de fachadas empapadas de agua, llegó el cronista a La Felguera, desde donde se trasladaría en un automóvil a Ciaño Santa Ana, lugar en que está enclavado el pozo María Luisa, al que iba a bajar.

La carretera tiene algo más de cuatro kilómetros. A ambos lados de ella están alineadas casucas de una sola planta y algunas de dos, aunque más contadas. Al fondo de la carretera se ve el castillete del pozo María Luisa y los tejados de la sala de máquinas.

En el despacho del ingeniero Antonio Retana me explican que cada mañana un capataz baja a la mina el primero, antes que los obreros, para comprobar la ventilación del pozo. Al parecer, si la llama de la lámpara es alargada se entiende que hay una aglomeración de gas y el ingeniero practica inmediatamente el desahogo del mismo.

Hecha esta prueba con resultados satisfactorios, baja al tajo el primer turno de trabajadores.

Mientras me explican estos curiosos detalles, alguien abre la puerta del baño que está en el despaño de Retana y me señala un armario de azulejos blancos donde hay colgadas varias prendas de trabajo: buzos, camisas, boinas, cascos de cuero, botas y calcetines de lana blancos.

Momento terrible. La idea de bajar a la mina tiene algo de viaje a la Luna o de viaje a la India. Pero todo esto, mientras se argumenta en la imaginación, está muy bien, tiene su aliciente, hasta que le dan unos minutos para quitarse la corbata y, una a una, todas las prendas que lleva puestas.

Mientras uno no las cambia, en la mente, la mina es un infierno al que vamos a cometer la estupidez de bajar por una apuesta. Es un miedo cervical a no volver a pisar tierra firme, a no regresar al país de la luz. Y todo ese temor desaparece en el momento en que

uno se cambia la chaqueta de ciudadano por el mono y la camisa azul.

Bajamos la escalera de las oficinas. Ibamos nosotros cantando en voz baja, como cuando niños entrábamos en un cuarto oscuro. Al pie del castillete un minero nos entrega una lámpara encendida. La tomamos. Como si toda la vida hubiésemos sido mineros, la colgamos al cuello por el garfio abierto. Eso porque tenemos miedo de que nos miren como a visitantes, como a turista novicio y asustadizo. Eso porque nosotros tenemos orgullo de ser asturianos y de poder ser mineros si nos lo proponemos, que es el más regio de los distintivos a que podemos aspirar.

Mineros, picadores, porque mientras no tengamos capacidad y fuerza para serlo consideramos que no somos nada, que vivimos de favor, de misericordia, y lástima, entrando y saliendo en los hospitales o en los cafés, que para el caso viene a ser la misma cosa.

Al poco, la jaula, el ascensor que tra a bajarnos a través de las galerías, llegó a la superficie. Era de hierro, abierto por los lados para poder montar y sacar las vagonetas cargadas con el mineral de la explotación.

Bajamos con el ingeniero Antonio Retana y el capataz Angel Fernández, viejo tritón de los negros y endiablados océanos mineros.

La sensación es la misma que cuando se baja en un ascensor de la Telefó-

nica, con la diferencia que en el de la mina parece que uno anda en el vientre de una ballena.

Se para el ascensor. Salimos. Hay una galería muy parecida a las estaciones del Metro de Atocha. Pero aquí, cuando se han caminado unos metros entre railes, se acaba la techumbre bombeada, de cemento, y empieza la entubación. Bastidores de pino están apuntalando las galerías. Trenes de vagonetas tiradas por mulas con los ojos vendados van a paso de carreta. Llevan una lámpara roja al principio y otra al final. El caballista jura, silba y arrea a la bestia. El tren pasa sordo y se pierde en un punto negro como el diámetro de una perra chica.

Se camina y se camina. No se ve a nadie. El camino es igual, con vueltas y revueltas. Los techos transpiran humedad. Las aguas al caer en los charcos teclan incesantemente. No alcanzamos a ver más de lo que alumbran las lámparas que llevamos en alto, con el brazo estirado. Una distracción sabemos que nos vale para meter el pie en un charco como un océano, si no lo metemos en un lodazal del que el cuidado nos libre.

La voz tiene aquí un eco inesperado y fantasmal. Yo mismo desconozco la mía propia como si me oyese en una cinta magnetofónica.

—¿Se cansa usted?
—¿Yo? ¡Por Dios! ¡Qué he de cansarme!

Hay que hacer músculos del corazón; no hay más remedio. Hemos andado lo menos cuatro kilómetros de galería, pero cuatro kilómetros inciertos, sin saber apenas dónde ponemos los pies, lo cual nos fatiga doblemente.

El ingeniero y el capataz se han parado. Levantan la lámpara a la altura de un agujero que hay en la pared. Es como el hueco de una bala de cañón.

De un salto entra por el hueco el ingeniero; de otro, el capataz. El cronista hace una pirueta, resbala y se agarra como un pulpo a la pared, rompiéndose unas uñas insospechadas de león manso. Y el cronista entra por el hueco como todo hijo de vecino.

Una vez arriba, el panorama es aterrador. Hay un tobogán inclinadísimo ante los pies del cronista. Son 70 metros de un pozo balanza, de explotación, que está trazado entre dos galerías.

El tobogán está apuntalado con bastidores como las galerías. A medida que uno se arrastra van desprendiéndose piedras de carbón que le dan a quien le cojan en mitad de la espalda o en la cabeza. Por lo que pueda ocurrir, el cronista se asegura bien el casco de cuero que lleva sobre la boina y se cuelga la lámpara al cuello para dejar libres los dos brazos.

No se ve nada. El techo del tobogán le da a uno en el pecho si respira profundamente. Esto supone tanto como si a uno le enterrasen en vida. No hay que hacerse en ese momento la idea de que la mina es peligrosa y de que no sería difícil la posibilidad de un desprendimiento, porque el solo temor bastaría para que no pudiésemos movernos y nos quedásemos allí vivos para siempre.

A la mitad del camino arrastrado surgen luces débiles de lámparas colgadas de los bastidores. Estamos en pleno tajo, en plena explotación.

A los lados del tobogán alguien anda en la oscuridad escarbando con martillos de aire comprimido. De vez en cuando se entrevé una mano o un brazo que parece salir del seno de la tierra. Ojos brillantes flotan en la oscuridad como pequeños peces. Luces débiles de miseria, de velatorio pobre, siguen colgadas de los bastidores.

Hombres pegados a la tierra trabajan arrancando el mineral casi con las uñas. Los vemos al rato de contemplar las puras tinieblas y de lograr traspasarlas.

Los mineros nos hablan amablemente, cariñosamente. Ellos nos dan toda serie de explicaciones que les solicitamos.

La tierra que se desprende con el carbón sirve para rellenar el otro lado del tobogán. Por una rampa pequeña el carbón va a unos cargaderos, donde están las vagonetas que arrastran las mulas hasta el ascensor.

Salimos a la planta inmediata. Alguien canta muy lejos una asturiana. Tan lejos y con tanto corazón que la canción viene de otro mundo.

Seguimos caminando por la galería hasta el ascensor. Grupos de mineros nos acompañan. Ha concluido su turno. El ascensor nos devuelve a la superficie y nosotros entramos en un baño caliente lleno de jabones fuertes y de cepillos duros que no logran despegarnos de la piel el polvo que traemos en los poros.

Estamos rendidos. Estamos sedientos. Estamos con una satisfacción del deber cumplido, nosotros, plantas de invernadero, delicados animalillos de café, pequeños y miserables seres con neuralgias y dolores menores e insignificantes para andar sobre los asfaltos ciudadanos.

Mañana, cuando estemos lejos de aquí, empezaremos a hablar de nuestras aventuras como si volviésemos de la travesía de América acompañados por el mismo Cristóbal Colón, porque acabamos de descubrir las Indias nuevas, donde todavía no ha salido el sol.

8-IX-1954